

TRADUCCIONES

EL PRINCIPE ROSAL (Catherine Bernard, 1696)

Traducción de ESPERANZA COBOS CASTRO

La reina de un país que no se encuentra en mapa alguno, viuda de un rey al que había amado intensamente, vivía sumida en un dolor proporcionado al amor que había sentido; una hija, único fruto de su matrimonio, constituía la única especie de ocupación capaz de disipar sus preocupaciones, aunque Florinda (así se llamaba la joven) debía causarles otras muchas a no tardar.

Un día en que todas las damas de la reina se encontraban junto a la princesa, surgió ante ellas una pequeña carroza de marfil tirada por seis mariposas de alas multicolores. Un ser, cuya talla correspondía a la del carruaje y que fue tomado por un hada, tras haber dado numerosas vueltas, arrojó en un billete este mensaje:

Florinda ha nacido con grandes encantos
mas su desgracia será extrema
si llega a amar un día
al amante que nunca verá.

El hada desapareció luego dejando consternados todos los espíritus. La reina se había emocionado en esta ocasión más de cuanto es razonable; el carácter extraño e incluso la imposibilidad aparente de que esa desgracia ocurriera no la tranquilizaban respecto a los caprichos del amor y del destino unidos, por lo que, para prevenirlos, no esperó a que Florinda hubiera alcanzado la edad de amar para hacerle conocer a todos cuantos podrían aspirar a su mano.

Entre los príncipes de sus contornos, había uno oculto a los ojos del mundo al que, pese a esta circunstancia, el retrato de Florinda no dejó de llegar gracias al favor de las hadas para quienes nada hay imposible. El rey su padre, viudo de una dama que le había hecho experimentar todos los tormentos de los celos, se había desposado con una segunda poco indicada para inspirarlos pero nacida para sentirlos. Llegó la dama tan lejos con los caprichos de su pasión, que no tardó el rey en comprender que no había hecho sino cambiar de preocupación, dudando sobre cuál de los dos males era peor; sumido en esta incertidumbre llegó a estimar que el matrimonio es un vínculo nefasto, ello le decidió a mantener ajeno a cualquier relación con mujeres a su único hijo. Lo mandó educar en suntuoso castillo proporcionándole todas las diversiones adecuadas a su edad. Le enseñaron todas las ciencias que no pudieran instruirlo acerca de aquello que se le quería ocultar. Se le facilitaron todos los gustos salvo aquél para el que había nacido. El amor, sin embargo, no deja nada escapar.

El príncipe halló un día a sus pies el retrato de Florinda y lo contempló con sorpresa. Surgió después la admiración acompañada de una turbación desconocida para un joven acostumbrado a ejercicios y reflexiones que poco tenían en común con esos sentimientos.

Su primer deseo fue conocer el original del retrato; era, en su opinión, el rostro más

delicado de todos cuantos él había podido contemplar hasta entonces y, bien por el instinto de misterio que suscita el amor, bien porque sospechara que algo se le estaba ocultando, no comunicó a nadie su proyecto de abandonar el lugar que hasta entonces le había parecido agradable, pero que empezó a considerar como prisión tan pronto como aspiró a salir de él.

Supo burlar a los vigilantes y ponerse en camino sin saber con precisión hacia dónde dirigirse; apenas había dado algunos pasos cuando se halló ante el hada de la que ya hemos hablado. “¿Dónde vas desdichado príncipe? —le preguntó ésta—, corres hacia los infortunios que te han querido evitar. No podrás escapar a tu destino”.

Mientras tanto, la madre de Florinda convocó un brillante torneo que atrajo hasta su reino a todos los herederos de los reinos vecinos; todos se esforzaron por dejar patente su apostura y su destreza, pero, si bien Florinda no pudo impedir llegar a estimarlos, el Amor no la condujo a hacer ninguna elección y una cruel piedad hacia todos le impidió decidirse a favor de uno sólo. En todos habían brotado los sentimientos que su belleza debía inspirar, por lo que habría hecho demasiados desgraciados si hubiera hecho un único dichoso.

La reina despidió a todos los príncipes apesadumbrada. Su hija no amaba lo que había visto; la mitad pues de la profecía se había cumplido, el resto era aún de temer.

Al poco tiempo de esto, Florinda, hastiada de la vida de la corte y no hallando en ella nada que la retuviera, obtuvo de su madre permiso para retirarse a una casa de campo; marco agradable e idóneo para una persona libre de las preocupaciones del amor. Un día que se paseaba por el jardín, descubrió un rosal más verde y más florido que los restantes, el cual, inclinando sus ramas cuando ella se aproximaba, parecía, a su manera, rendirle una especie de saludo. Acción tan novedosa en un rosal sorprendió vivamente a la princesa; este prodigio producido en su honor le agradó; era una especie de homenaje que le resultó grato; dio después varias vueltas al jardín; el rosal se inclinaba tantas veces como ella pasaba junto a él. Quiso entonces cortar una rosa que le pareció muy roja hiriéndose dolorosamente; el pinchazo producido le impidió dormir durante toda la noche; al día siguiente se levantó más temprano de lo habitual y fue a pasearse al jardín donde el rosal repitió sus reverencias con tal diligencia que divirtió a la princesa y le hizo olvidar el pinchazo para no pensar sino en esta maravilla; por fin, y como en una ensañación, se aproximó tanto al rosal que se quedó en él prendida sin poder liberarse. Cuando quiso desprenderse, sintió una extraordinaria resistencia. Soltóse al fin, pero escuchó un sonido que surgía de sus hojas semejante a un suspiro: “¡Cómo! —exclamó— ¿un rosal suspira?”. “Hace más aún, señora —le contestó— y puesto que tenéis la potestad de hacerle hablar, permitid que os relate su triste historia:

“Soy príncipe, —añadió. Me habían ocultado todo cuanto hay de bello en el mundo; he vivido sin contemplarlo y ved ahora cuán caro me cuesta haber venido en vuestra búsqueda. Un hada me proporcionó este aspecto y me predijo que lo conservaría hasta el día en que fuera amado por la persona más hermosa del mundo; lo que veo ante mí debe estar reservado para los dioses, por lo que corro el peligro de seguir siendo rosal”. La princesa no respondió. Algo más profundo había venido a ocupar el espacio reservado a la alegría surgida ante las reverencias del rosal; llegó, no obstante, a considerarlo osado por haber pretendido retenerla entre sus ramas y se marchó de allí no sin haber mirado más de una vez hacia el parterre. Su espíritu se vio agitado por sentimientos muy similares aunque ella los estimara dispares. El rosal viviente le producía sorpresa, pero el príncipe que ocultaba tras su aspecto vegetal le producía piedad. Sentía una especie de cólera porque hubiera aquél tenido la osadía de hablarle de amor, pero perdonaba al amante por su afecto hacia el arbusto y ¿hay algún modo de enfadarse con un rosal?

La princesa retornó al día siguiente al jardín; a decir verdad, tuvo buen cuidado de

mantenerse alejada del rosal, pero no tanto como para no ser vista por aquél y para no percibir sus lamentos. Tras numerosos paseos se acercó e intentó consolarlo sobre el tema de la metamorfosis sin responderle acerca de lo restante.

Días después, viéndolo excesivamente expuesto a las inclemencias del viento, mandó que le construyeran un pequeño templete de mármol sostenido por columnas, al que acudía con frecuencia; insensiblemente iba acostumbrándose a darle en su imaginación un aspecto humano y amable; incluso llegó a permitirle que le hablara de amor. Estimaba que los discursos de un árbol no podían ser peligrosos, mas el rosal supo aprovechar esta disposición favorable y, aunque decía mucho, siempre le daba a entender que se callaba más aún; y, por un desorden superior a la elocuencia, la persuadía de que era profundamente amada.

La princesa evocaba con tanta frecuencia el prodigio del rosal que pronto no pensó sino en ello. El templete de mármol era el lugar hacia el que sus pasos la conducían instintivamente; llegaba incluso a pronunciar tiernas frases dirigidas al príncipe por el que sentía gran compasión; pese a ello, el amenazante oráculo del hada no podía borrarse de su mente; tal vez amara ya lo que nunca había visto; no obstante, su duda no le permitía ver sino a un árbol; temía hacerle volver a su aspecto primitivo si bien, en ocasiones, y en contra suya, lo descaba. El rosal por su parte hallaba motivos de queja incluso en las palabras más admirativas de la princesa. "Si he de creer vuestras palabras y vuestras atenciones —le decía— soy objeto de vuestra piedad, pero no sentís aún la necesaria. Si no me ofrecéis algo más, el tierno amor de la persona más bella del mundo, no me devolveréis a mi aspecto normal".

La reina mientras tanto, no pudiendo soportar por más tiempo la ausencia de su hija, le dio orden de regresar sin tardanza. Ello fue un duro golpe para la princesa, que debía separarse del rosal por el que reconocía sentir una auténtica pasión. Vertió abundantes lágrimas sobre sus hojas que no pudieron ser regadas sin recibir su efecto. El rosal desapareció instantáneamente y Florinda halló sólo a sus pies a un príncipe encantador. El se abrazó a sus rodillas con la absoluta certeza de ser amado. Placer que no es casi nunca absoluto para los demás amantes, pues todas las manifestaciones ordinarias son inconscientes en comparación con este acontecimiento maravilloso.

La profundidad de su felicidad lo transportó a tal extremo que perdió, por así decirlo, el uso de sus sentidos a medida que los iba recobrando; por su actitud extasiada, parecía tener aún algo del árbol que lo había ocultado.

A la vista de un príncipe tan amable, Florinda sintió que su amor se incrementaba, aumentando su pudor en la misma proporción; de ahí que añorara los velos que antes le ocultaban sus propios sentimientos. Regresó a la corte y el príncipe la siguió. La reina, que ignoraba la aventura del rosal mas conocía el origen del príncipe, le permitió que aspirara a la mano de su hija. Veía aquél a diario a su amada pero siempre ante testigos, lo que le hacía añorar con frecuencia su corteza de árbol; éste le había constreñido menos que todo el recato que ahora se le exigía.

El príncipe urgía el matrimonio pero Florinda, recelosa por el prodigio de su amor que le hacía temer el oráculo del hada, requirió a la reina para que consintiera en alejar al príncipe con el fin de asegurarse de su constancia antes de unirse a él. Le hizo venir y le dijo: "Príncipe, sabéis bien que os amo y tras esta confesión estoy en mi derecho de disponer de vos. La predicción de mis desdichas me atemoriza; todo aquello que debía hacérmelas temer, se ha cumplido. Aun cuando no estuvierais seguro de ser infinitamente amado, mis temores podrían convenceros de ello; si no os amara tanto, prevendría mi infortunio rompiendo con vos, pero pese a mis temores, no tengo fuerza para ello, por lo que es necesario que, dándome pruebas seguras de vuestra fidelidad, desmintáis al oráculo. Cuando me empezásteis a amar no conocíais a más mujeres que yo. Sólo os agradé

tal vez por el encanto de la novedad. Es pues necesario ponerlos a prueba: id a vivir a la Isla de la Juventud hasta el día que yo os llame. ¡Pardid! me gustaría pensar que mientras más encantadora sea la estancia, más os afligirá el viaje”.

¡Qué orden para un amante amado! Desde que conocía el amor siempre había tenido ante sus ojos a aquélla a quien amaba y jamás le había abordado la idea de la ausencia. Vivir alejado de Florinda le pareció algo tan terrible que creyó encontrarse próximo a su fin; ni fuerza tenía para lamentarse; sus lágrimas brotaban sin que se diera cuenta y su actitud evidenciaba un amor tan grande que la princesa, temiendo no poder resistir tanta pasión, huyó hacia los apartamentos de la reina desde donde ordenó a su amante que la obedeciera sin volver a verla y se marchara en la seguridad de que ella procuraría mitigar sus sufrimientos.

El príncipe se puso en camino con una sumisión que nunca después sería superada. Llegó enfermo a la Isla de la Juventud donde esperaba encontrar médicos, pero nunca los había habido en la isla de tal nombre. Las Risas, los Juegos y los Amores lo recibieron arrojándole rosas. Allí respiró un aire que le devolvió la salud y con ella todos los encantos que el dolor le había hecho perder. Lo condujeron al palacio de la reina del lugar por un camino cubierto de esas flores que brotan a comienzos de la primavera. Allí encontró a una persona que tenía todas las gracias de la belleza, toda la ingenuidad y toda la alegría de la adolescencia; sólo tenía catorce años; estaba sentada en un trono de jazmín y mil Amores jugueteaban a su alrededor: unos la encadenaban con flores de azahar, otros se las vertían sobre la cabeza, otros la despeinaban y dejaban caer sus cabellos sobre sus senos incipientes; ella se entretecía con sus damas arrojándoles flores con extraordinaria gracia. Este espectáculo tenía poder para distraerlo de sus sentimientos hacia Florinda.

La reina de la juventud no se había casado porque deseaba un esposo de su edad que fuera galante, cosa que aún no se había podido encontrar. El príncipe, que tenía veinticuatro años, era para ella casi un viejo. Algunas de las damas llegaron a preguntarle cosas referidas a los siglos pasados, pese a ello, la reina comenzó a considerarlo favorablemente, y ese siglo de diez años que los separaba, desaparecía gracias a los numerosos atractivos con que el príncipe estaba adornado.

La reina no escatimó nada para comprometerlo: las miradas, los halagos, los pequeños juguetes cuya significación es siempre seria. Todo fue puesto en práctica y todo fue observado aunque el príncipe, más astuto, fingiera no prestar atención. Ella se insinuó más claramente, mandó hacerle una propuesta de matrimonio con todas las ventajas que pudieran agrandar a un hombre amable, como serlo siempre, poseer siempre y sin interrupción todos aquellos bienes sin los cuales los demás no son nada, todas las gracias, todos los placeres. Era difícil que el príncipe rechazara esta dote que ella se ofrecía a aportar. Olvidaba poco a poco a Florinda y parecía haber llegado el momento de que ésta le obligara a recordar que estaba aún en el mundo.

Apenas había estado Florinda un día sin ver al príncipe cuando empezó a experimentar la angustia de vivir sin aquello que se ama; pese a todo, hizo esfuerzos por vencer sus sentimientos. Ya había amado sin ver —se decía— ¿quería además desposarse sin conocer si era o no amada fielmente? Quince días transcurrieron en medio de estas inquietudes, y estaba ya a punto de sucumbir pues el temor y los celos habían venido a unirse al dolor de la ausencia. Fue entonces cuando consideró que debía sacrificar todas las reflexiones al amor, enviando a buscar al príncipe a quien se le entregó esta carta de su parte:

“Si sufrís tanto como yo, idigno sois de lástima! Ya no puedo por más tiempo soportar mis sufrimientos y los vuestros. No quiero arriesgarme a perderlos por haber querido asegurarme de vos. ¡Basta! Sois digno de ser recompensado por haber obedecido la más cruel de todas las órdenes. ¡Ay! No conocía bien su rigor, pero la he sufrido y estimo que no podréis soportarla. Ponéos en viaje y regresad ¿Por qué no estáis ya aquí?

La misiva llegó en el momento oportuno; el príncipe al que en su soledad le habían dado una educación severa, no había tenido ocasión de pervertirse en el mundo; seguía pensando que no estaba permitido ser inconstante por lo que, pese a la atracción que sentía por la reina de la juventud, salió de la isla. Cuando se alejaba del lugar que tantos encantos tenía para él, pudo leer su proscripción en algunos carteles que encontró en su camino. En ellos prometía la reina a quien le entregara vivo o muerto al fugitivo, los mismos favores que a él le había ofrecido precedentemente. No fue necesario mucho más para curar al príncipe. Precipitó su huida y llegó a los pies de Florinda, quien viéndolo de regreso, no tuvo fuerzas para examinar si le había sido o no fiel. Se casaron y el príncipe, convertido en rey tras la muerte de su padre, condujo a su esposa a su reino donde el matrimonio, según costumbre, puso fin a todas las alegrías de su vida. Dichosos habrían sido si hubieran permanecido en una honesta indiferencia, pero las personas nacidas para amar, no son tan razonables como las demás y no son nunca ejemplo de buenos matrimonios. El príncipe, en su ociosidad, contó un día a Florinda que había sentido una ligera inclinación por la reina de la juventud. Florinda le hizo entonces tantos reproches como si no hubiera sido su esposa; él, molesto y contrariado, quiso quejarse y consolarse con las damas de la corte, ella, que lo espiaba, lo sorprendió y lo cubrió de improperios; por fin, perseguido por su furor, rogó a las hadas volver a ser rosal lo que obtuvo como un favor. Florinda, por su parte, tenía la cabeza tan delicada que no podía soportar el perfume de una flor que le traía el recuerdo de su amor; desde aquellos tiempos, las rosas producen vahidos".